

REFLEXIÓN EN EL DÍA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR POR LA SIEVA DE DIOS MADRE MERCEDES DE JESÚS, MONJA CONCEPCIONISTA

María Inmaculada, la siempre fiel y generosa esclava del Señor, fue quien, como aurora constante de la presencia divina entre nosotros, los hombres, abrió nuestro nuevo Camino, como dice el párrafo primero de los Estatutos.

Hoy, con amor de Madre, nos ayuda a dar el primer paso en el conocimiento de nuestra espiritualidad concepcionista, a través del misterio de su santidad original

A su luz y en su misma santidad conocemos y amamos la santidad del primigenio pensamiento creador de Dios sobre el hombre nuestra creación y destino a la santidad.

Contemplando a María en los esplendores de su santidad original nos preguntamos: ¿para qué nos creó Dios a nosotras?

Los estatutos nos dicen que nos creó a su imagen y semejanza para participar en la santidad. (Estamos meditando el segundo párrafo.)

Este es el pensamiento creacional de Dios sobre el hombre. Esta voluntad de Dios sobre cada una de nosotras impulsó amorosamente en sus entrañas nuestra creación. De aquí que el fundamento de nuestra espiritualidad concepcionista sea la adorable Trinidad en la actitud siempre constante de dar vida al hombre con su mismo aliento, que es la santidad, y destinándole, por lo mismo, a la santidad. Primero a María lograda plena y felizmente, como Modelo nuestro, después nosotros, que hemos de restaurarla con su gracia divina.

Por ello, con la invitación que nos hace nuestra Madre de penetrar en el misterio de su santidad original para vivirlo, nos introduce en el misterio inefable de Dios Uno y Trino y en su designio sobre el hombre.

Esta meditación por tanto es la más importante de cuantas podamos hacer a lo largo de los Estatutos, pues se centra en la entraña misma o núcleo central de nuestra espiritualidad.

Tratará aunque débilmente de reflexionar un poco en cómo es el Dios que nos ha creado y para qué nos ha creado. Qué es Él en Sí mismo, para ver de qué Seno hemos salido, qué somos nosotros y qué debemos ser nosotros relacionándonos con Él y con los hermanos, a fin de lograr el fin de nuestra creación: nuestro destino a la santidad.

Rozamos sólo un poquito este tema que de por sí es inagotable, inalcanzable para el hombre. Sólo podemos decir de Dios lo que Él mismo nos ha dicho de Sí, lo que nos ha manifestado de su Ser divino.

¿Quién es Dios?: “Yo Soy el que Soy”, reveló Él mismo a Moisés. Es el Fundamento del Ser, el que existe por Sí mismo o la causa de Sí mismo. Causa la Vida en Sí y es capaz de causarla en otros.

¿Qué es Dios? Inmensidad, Vida, Amor, y, por lo mismo, origen en Sí mismo de toda perfección, de la suma de toda perfección y del poder soberanos que equilibra toda esa llenez divina y la goza y emana.

Gozo intradivino de la suma de las perfecciones y emanación de ellas es el Ser de Dios, es nuestro Principio y origen. De ese Seno adorable nacimos.

¿Quién puede explicarle para enamorarnos de Él, para adherirnos con firmeza a su Ser divino y vivir sólo para vivirlo?, ¿para comprender que merece la pena perderlo todo para poseer entero un Ser tan adorable e inefable? Vivir para entenderle y experimentar. Porque en verdad, es más fácil llegar a experimentar a Dios en esta vida que explicarle.

¿Quién puede hablar de su llenez divina, de su grandeza?

Cada perfección que origina en Sí, y son todas juntas, reporta a su Ser un goce y deleite infinito que desborda todo límite de dulzura, acrecentando cada una la abundancia o riqueza de la otra. Por ejemplo: el atributo o perfección de su Inmutabilidad, de su Estabilidad, hace

acrecentar (en nuestro lenguaje) toda esta llenez y deleite divino al reafirmarlas y hacerlas perennes, para siempre. Para siempre y constantemente será el goce y posesión de la suma de todas las perfecciones. Para siempre. Esto es reafirmarse Dios en su Ser, que es la suma y origen de toda perfección, dándole nuevo deleite.

Así podemos decir, que cuando el goce que reporta al Ser de Dios una de sus perfecciones, parecería que debería acabar por su densidad, se acrecienta por la llenez de otra.

¿Quién comprenderá la grandeza de nuestro Dios, único ser digno de ser amado por Sí mismo?

Ante tan inefable inmensidad, lo más acertado es callar, orar, amar, adorar. Pensar que ese Dios tan inmenso es nuestro creador; nuestro Padre, nos dirá Jesús revelándonos lo que es Dios para nosotros, que nos ha creado a su imagen y semejanza dándonos participación en su Ser.

¿Verdad que por este hecho grandioso, ya somos dignas de que nos amemos, de que nos respetemos, incluso de que nos veneremos?

¡Oh! ¡Infeliz la que deshonremos este Principio nuestro adorable, con el mal comportamiento! ¡La que no sepamos amar en nuestra hermana esta obra de Dios, a pesar de toda la fealdad que ha dejado en nosotros el pecado original!

He aquí nuestra tarea como concepcionistas, nuestra misión con todos los hombres, el fundamento y corona de nuestra vida de oración pues ésta es la base de nuestra espiritualidad como he recordado antes: encarnar en nuestro espíritu la idea creadora de Dios sobre el hombre, sobre cada una de nosotras. A esto nos impulsa el misterio de la santidad original de María y su imitación.

Y, ¿cómo nos comunicó Dios su Ser? Este es el motivo poderoso para amarle y adherirnos a Él más intensamente, pues aquí nos muestra el Señor su entraña de amor hacia sus criaturas.

Para entender un poquito de esto, tenemos que figurarnos que entramos dentro de ese Ser inmenso, que al mismo tiempo es recinto amoroso, entrar en la profundidad divina para encontrar el lugar donde nacimos en Dios. Hemos de situarnos dentro de su misma entraña (hablando con nuestro lenguaje) dentro de ese Seno acogedor y manantial de bienes, que es el Padre, que es fuego, deleite, amor, Vida, para **encontrarnos** y encontrar nuestro Origen.

Allí, en ese Seno divino que comunica bienestar, gozo, serenidad, armonía, paz. Donde se respira un silencio divino, que origina el dominio que Dios tiene de todo y de Sí. Silencio divino que deleita y enamora porque tiene vida, que refrigera al espíritu y lo llena de dulzura, de ansias de santidad, de ansias de Dios. Allí, en ese ambiente divino que origina el Ser de Dios, su llenez y su deleite, fuimos creadas. Dios es nuestro Padre.

Su paternidad hacia nosotras es infinitamente más perfecta y abundante que la humana. Su Ser de Padre, Fundamento de la Vida, nos comunicó su Vida misma, nos creó en su gracia. Tenemos semilla de Dios como nos asegura el apóstol San Juan. Y podemos creer, no puede ser de otro modo puesto que Dios es posesión de bienes y deleite constante, que nuestra creación se desarrolló en el desbordamiento de goce que produce en Dios su llenez divina. En el gozo que causa en su Ser, el Ser la Vida misma y el Amor amando, el amor en acto. Esta abundancia creó en Dios como una necesidad de crearnos para comunicarnos su felicidad.

Es verdad que engendrando al Hijo, el Padre satisface su necesidad de comunicación. Pero lo que quiero decir es que, como el Amor por naturaleza es bondad, digo el Amor de Dios, tiende a comunicar el bien, y así, al crearnos Dios para darnos participación en su felicidad, en su Ser, se hizo a Sí mismo más feliz, porque comunicó el bien, satisfizo su necesidad de hacer el bien.

La razón de esto está en que Dios que es Causa de Sí mismo, quiso sentir la necesidad de amarnos y de crearnos, y de hecho nos amó y nos creó. Un aspecto más de Dios que nos lo presenta más amable, más digno de amor.

Con lo poquito que, muy imperfectamente hemos dicho, creo que es suficiente para que meditemos y nos demos cuenta de quién es nuestro Origen, nuestro Creador, nuestro Padre que nos guarda celosamente en su Ser. Y con qué amor nos creó y para qué fin.

Seamos consecuentes con todo ello. Hagamos el silencio en nuestro interior y en nuestro entorno, para crear el ambiente en que fuimos creadas, para establecernos en ese ambiente de Dios, en esa inmensidad divina y desarrollar así nuestro ser, el ser que suscitó Dios en la llenez de sus perfecciones, y al que sigue llamando a la Vida, a la verdadera vida que es Él, a la verdadera comunicación.

Seamos fieles a esa llamada constante de Dios o atracción de nuestro ser hacia el de Dios, que la provocan los mismos bienes divinos que emanan de Él y que comunica. Éste es el lenguaje de Dios. Esos bienes divinos son los que nos impulsan desde dentro en un retorno amoroso hacia Dios, hacia donde emanan, hacia nuestro Principio.

Es muy importante, por tanto, el silencio en nuestra vida, para no obstaculizar la corriente vital que hay entre el Creador y la Criatura. Entre el Creador, Autor de todos los bienes, y la criatura que retiene en su ser esos bienes por la vida de gracia restaurada por Cristo. Fidelidad a ella para vivir intensamente la Vida de Dios.

Si cuidamos de vivir así, nos sentiremos progresivamente atraídas hacia ese Seno amoroso, como la mariposita hacia la luz, sin miedo a encontrar la muerte como la mariposita, sino más vida, porque a medida que más cerca estemos del Origen de nuestra vida, tanto más la participaremos con más abundancia y lograremos el grandioso fin para el que nos creó: La santidad.

Por hoy ya es bastante. Que el amor con que Dios nos creó, “dándonos su mismo aliento” nos impulse a amar a los demás, a las hermanas, hasta darles nuestra vida, nuestra intimidad, el aliento que equivale a lo más íntimo y vital. Así imitemos a Dios nuestro Padre en su modo de comunicarse con nosotros.

Aprendamos también de Jesús que nos hizo partícipes de lo que más quería: su Padre. Hoy nos lo recuerda la Liturgia: “Asciendo a mi Padre y nuestro Padre, al Dios mío y Dios vuestro”.

Silencio, pues, profundo en nuestra vida; y amor, para vigorizar nuestra comunicación de Dios, nuestro Origen, y con los hermanos. Silencio y amor que brillan con intensidad en nuestra Madre Inmaculada.

A Ella le pedimos protección para que logremos así el fin de nuestra vocación concepcionista: amar e imitar su santidad original, el proyecto creacional de la adorable Trinidad en el hombre, en cada una de nostras. Así sea.